

quede relegado al olvido, puesto que un olvido tal impediría un avance hacia una sociedad más humana, plena de dignidad para todos y cada uno de los individuos que la componen.

Ana González Menéndez

La anti-utopía liberal

GRAY, John: *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*, Barcelona, Paidós, 2000, 304 pp.

De todos los libros que cada año se escriben sobre las perspectivas políticas apenas ninguno de ellos se reedita. La verdad es que hemos de entender este hecho como algo más bien piadoso, dado el carácter efímero de sus más firmes predicciones y –lo que es peor– la volatilidad de las opiniones mismas en función de la moda política del momento.

Y tal vez sea lo contrario, es decir, el mantener una opinión contra corriente, lo que ha hecho que el último libro de John Gray haya llamado tanto la atención. Es verdad que a esto tampoco es ajeno el hecho de que el mundo editorial no deje mucho espacio a este tipo de textos –que los hay, y espléndidos– y menos que éstos –cuando logran salir a la luz– alcancen una cierta repercusión.

En suma, que para entender el aldabonazo que ha supuesto este *False Dawn* en el mudo anglosajón es necesario recordar el carácter *integrado* del que nuestro autor hasta hoy había hecho gala. En efecto, hasta hace poco conocíamos a Gray como profesor de la *London School of Economics*, divulgador del liberalismo, estudioso de Isaiah Berlin, y uno de los difusores de la *new right* que fundiría liberalismo económico con conservadurismo anglosajón. Pero, pese a todo, no es sólo por todo ello por lo que tanto ha sorprendido esta razonada y apasionada crítica del libre mercado global, presentándolo ni más ni menos que como un inevitable desastre de magnitud incalculable.

Además de este cambio de opinión contra corriente, lo que ha llevado a este libro a las bibliografías de todo estudio serio sobre la situación socioeconómica en el futuro de Occidente es la aplicación consistente, informada y “desde dentro” de una serie de ideas que sin embargo siempre han estado presentes en los sectores crecientemente contestatarios con eso que se suele denominar –un tanto groseramente– *neoliberalismo*. De hecho, si el libro de Gray ha de conocer muchas reediciones –y no sería mal síntoma que así fuera– lo será porque maneja y aplica una de las ideas más importantes que se han aportado en el discurrir de la historia económica en el siglo XX.

Como muchos recordarán, esta idea fue descrita hace ya bastantes años por un oscuro historiador de la economía llamado Karl Polanyi quién, después de escribir algunos tratados sobre historia económica, publicó en Nueva York, en 1944, *The*

great transformation (*La gran transformación*, publicado en castellano por Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1997), un libro cuyo escaso éxito no evitó que se cruzara de frente con la paranoia *maccarthysta* y sus *unamerican activities*, pero que, especialmente de veinte años a esta parte, se ha ido colando en todos los tratados de economía como una de las críticas más profundas realizadas al concepto de “libre mercado” capitalista, un concepto que ha logrado un *status* sacro en la última década para la intelectualidad oficial y oficialista.

Por resumir de un modo grosero la tesis de Polanyi, la práctica del libre mercado es incompatible con el hecho de la sociedad. El imposible intento de hacer depender ésta de aquél es una barbaridad que sólo ha ocurrido durante unos pocos años en la Inglaterra de la revolución industrial. Dicha incompatibilidad conllevaría la auto-destrucción de la economía en su conjunto y el descoyuntamiento interno de la sociedad que se agarraría defensivamente a cualquier elemento irracional que le permita ser cualquier cosa excepto *homo economicus*.

En suma, el experimento artificial del libre mercado en Inglaterra habría ocasionado, en un corto periodo de tiempo, dos guerras mundiales, la aparición de regímenes totalitarios en la mitad del Occidente desarrollado, un nivel de pobreza a escala global desconocido hasta entonces y un retroceso histórico jamás antes experimentado.

No es de extrañar que el libro de Polanyi no tuviera demasiado éxito en los años cuarenta. Pero no porque el ideario político no fuera capaz de admitir tan subversivos postulados sino todo lo contrario, porque era demasiado poco polémico: a la sazón, en la conciencia occidental –incluyendo el Reino Unido y, muy especialmente los EEUU– el libre mercado no sólo no era un dogma sagrado, sino que era simplemente una teoría metafísica dolorosamente refutada.

No es de extrañar tampoco que los cuidados argumentos económicos y antropológicos de Polanyi hayan vuelto a la luz en estos últimos años. El problema, y esa es la tesis de Gray, es que la situación ahora es incluso peor que la de principios de siglo: la economía está aun más globalizada, la cantidad de recursos expuestos es aun mayor y las potencialidades militares resultan espeluznantes.

En su libro, John Gray, después de analizar los paralelismos entre ambas épocas (resulta realmente sorprendente el parecido entre el texto de *La Tercera Vía* de Tony Blair y la ley de pobres de 1834 de la que Hobsbawn recuerda que *ha habido pocos estatutos más inhumanos*), y tras hacer balance de aquellos aspectos que le parecen más discutibles en Polanyi, se dedica a analizar las teorías de los más relevantes escritores del panorama internacional.

La conclusión es que la explicación a la situación de pánico económico internacional en la que nos estamos acostumbrando a vivir tiene que ver con la situación de auges nacionalistas, tribales y bélicos que recorren el planeta.

En este sentido, Gray nos recuerda que –frente a la tesis ideológicamente aceptada de la “naturalidad” del libre mercado que a los lectores de Marx les recordarán algunos de sus comentarios más sarcásticos y de la que el Premio Nobel Von Hayek hizo ondeante bandera– históricamente el libre mercado ha sido siempre una idea

artificial y abstracta que sólo se puede conseguir precisamente a base de una enorme planificación gubernamental, incluyendo en ésta una importante política penitenciaria. Y Gray nos recuerda con la frialdad de los números hasta que punto la administración de los EEUU es quizá el mejor ejemplo de ello.

Por lo demás, el libre mercado es económicamente inconsistente pues destruye el tejido social en el que debe darse y es, como, por desgracia, ya casi nadie niega de derecha a izquierda, incompatible con cualquier concepción mínimamente honesta de democracia (y de ello es buen ejemplo la actual Unión Europea).

Pero esto sólo constituiría un mal problema económico sino fuera porque el mal funcionamiento del libre mercado no permite –una vez puesto en marcha– su disminución ni a su abandono sino, por el contrario, produce desde el primer momento una transformación irre recuperable en la sociedad que hace que ésta sólo encuentre solución a sus crecientes problemas en su exacerbación economicista, en una carrera en la que cada vez más es preciso extraer de la sociedad cualquier elemento con el que se pueda comerciar y conseguir una situación social en la que un trabajador esté dispuesto a trabajar por una cada vez menor cantidad de recursos.

Este proceso, conocido ya en Occidente como crisis del Estado del Bienestar, resulta por supuesto letal en el tercer mundo y produce a la inversa una desesperada, creciente y sólo eficaz en el desastre final, regresión a elementos de carácter integrista que se prometen como al menos capaces de garantizar unos mínimos de seguridad material y reconocimiento social. En suma, en términos antropológicos, unos mínimos de identidad.

La tesis de Gray es que la organización de una sociedad en términos económicos alrededor del concepto de “libre mercado” no sólo no es la oposición de la civilización occidental ilustrada al *evil empire* de Reagan sino un desarrollo paralelo de la misma familia ilustrada a la que pertenece el malvado socialismo. De hecho, quiere Gray concluir, la pretensión de un libre mercado global es una locura racionalista tan totalitaria como el comunismo más estalinista y no menos destructiva. Y las reacciones no pueden ser sino fatales a no muy largo plazo.

Pero quizá la característica más inquietante del trabajo de Gray es que no existe solución al problema así planteado. En este sentido carece de ese mensaje salvador tan característico de los libros catastrofistas. John Gray *no vende una alternativa*.

Las fuerzas del mercado son tan poderosas que –en el dudoso caso de que consiguieran un espacio para hacerse públicas– ninguna conciencia ciudadana puede oponerse a ellas con éxito. Por lo demás, la capacidad de ofrecer una alternativa social organizada al despeñarse del libre mercado, se reduce en la misma medida en la que el libre mercado va descoyuntando e individualizando a unos ex-ciudadanos convertidos ahora en salvajes anarcoides que tienen como expectativa única robar cada día un mínimo de alimento de la boca de sus semejantes.

Partiendo del intento de superar a Polanyi con la diferenciación entre “sociedad de mercado” y “economía de mercado”, Gray establece el origen del drama occidental en el intento de la primera de convertir en individuales –irrelevantes social y políticamente– cualquier elemento no económico. Es esta sociedad la que no sólo no es

natural sino que exige tal violencia programada y política que sólo se ha producido una vez en la historia de la humanidad. Y ahora estamos en la segunda. Pero en cualquier caso se trata de un intento imposible pero no por ello menos destructivo. Su imposibilidad reside en el carácter antropológicamente inevitable de la sociedad como conjunto de necesidades en las cuales la economía sólo juega un papel instrumental. El enfrentamiento entre el auge económico y el malestar social no sólo arruina cualquier intento ilustrado de construir sociedades multiculturales –lo cual, hemos de recordar, resultaba una de las más importantes promesas del liberalismo como filosofía política– sino con cualquiera de nuestros conceptos admisibles de “democracia” e incluso con el hecho fáctico de una legitimidad que constituye la condición de posibilidad de un orden político por perverso que este sea. La estructura de las legitimidades se ve descoyuntada por un sistema político que necesita negar todo aquello en lo que se fundamenta: si el ascenso social individual y el consumo de bienes se convierten en la única base de apoyo de los miembros de la “ciudad neoliberal”, el sistema económico destruye no sólo la capacidad de compra de la inmensísima mayoría de sus miembros sino incluso el marco en el que dicho ascenso social resultaría relevante. Si la organización geopolítica busca y alcanza la hegemonía occidental en valores y fuerza (militar) dicha hegemonía se alcanza renunciando a todos los valores que puedan ser significativos para quienes cada vez más hipócritamente los enuncian tratando de esconder una inevitable guerra por los recursos. Si finalmente la organización mediática se estructura sin fisuras estableciendo discursos estratificados que cubran todos los segmentos informativos logrando la capacidad de crear una realidad acorde con los intereses del poder económico y político, la diferencia entre esta realidad mediática y la realidad vivida por los receptores produce una distancia insalvable que si bien evita la rebelión hace imposible apoyarse políticamente en la ciudadanía.

Es verdad que la ideología neoliberal ha puesto en marcha un rancio paralelo *burkeano* tratando de envolver la economía en las viejas ideas de patria, religión y familia. Pero esto que apenas fue posible en el siglo XIX es delirante en el XXI: las consecuencias de la economía en la familia no pueden ser ignoradas por mucha literatura psicologista que quiera echársele. Pero lo mismo puede decirse con las *ratio* de exclusión social, población reclusa, criminalidad, destrucción de asociaciones profesionales –muy especialmente sindicatos–, gobiernos locales, sociedades mutuas. Todos los elementos sobre los cuales la legitimidad tradicional ha establecido que la vida de los trabajadores debía producirse han sido sistemáticamente destruidas *en su beneficio*.

Finalmente, para Gray, la legitimidad política sólo resulta útil como máscara. Por un lado la estructura política debe seguir existiendo para mantener una ficción de competencia de poder y una segmentación de la organización política en Estados nacionales. Pero esto sólo oculta un poder sin precedentes de las grandes transnacionales que manejan por si mismas dos tercios del comercio mundial. Si a esto unimos la existencia de un poder financiero con un volumen de transacciones históricamente inimaginable y del cual el noventa y cinco por ciento está dedicado a la especula-

ción, hemos de darnos cuenta hasta qué punto la legitimidad política sólo es imprescindible como máscara.

Gray se enfrenta a la tesis imperial según la cual el “libre mercado” de nuestra Globalización sería una estrategia política de los EEUU para imponer su dominio geopolítico (véase v.g. el último trabajo de Peter Gowan sobre la globalización), para reducir esto a un “contexto de descubrimiento” histórico, independiente de su interés teórico y su presencia real. Es verdad que el “libre mercado” tiene su origen en pequeñas estrategias políticas pero una vez puesto en marcha éste se convierte no sólo en autónomo sino en destructivo en primer lugar para aquellos que lo han puesto en marcha. Pero quizá la característica más esencial del libre mercado como tal es que es incontrolable políticamente, ningún poder político es capaz de *cabalgarlo* para obtener de él algún provecho.

Se llega así a un extraño tipo de capitalismo múltiple y desordenado, un “capitalismo de casino” que supone el fin de la burguesía y de la sociedad burguesa tal cual nos es conocida. Se trata para Gray del “peor capitalismo” dado que su beneficio es mayor cuanto peor es la sociedad, y en el que cualquier idea de sociedad, incluso aquella más rentable a largo plazo en estrictos términos económicos, a corto plazo no puede competir. La consecuencia última es la destrucción del mercado. Gray termina en una ácida crítica a los programas de los partidos “socialistas” actuales –muy especialmente de la “tercera vía”– con la simple afirmación de que el “libre mercado” no es compatible con nada por razones antropológicas. La nueva sociedad de mercado exige un “nuevo hombre” sin pasado, sin reglas, sin memoria, sin reconocimiento. Y es esto precisamente lo que impide una alternativa.

Y, como en el siglo XX, el final habrá de ser económico y sus consecuencias políticas y militares. La historia inevitablemente se repite porque, como dice Gray, *nunca se aprende nada durante mucho tiempo*. Pero el estallido es indetectable por que sólo ocurre en el mínimo social admisible, permaneciendo oculto en la individualidad hasta el momento desde el cual ya nada es recuperable.

Y aunque el libro deja espacio para la discusión y sus argumentos son contrastables tanto histórica como filosóficamente, el discurrir va dejando un regusto de un fatalismo bien argumentado quizá demasiado determinista aunque desde luego muy preocupante. Pero incluso sin entrar en la discusión argumento por argumento –una discusión a la que el lector se verá felizmente abocado– ya es bastante mérito una discusión que en nuestros días es prácticamente inexistente y dónde cualquier crítica acerca de los dogmas del momento es inmediatamente reo de radicalismo militante cuando no de eso tan extraño que se dice de *ir contra los vientos de la historia*, en una sorprendente reedición liberal del peor *materialismo histórico* pseudomarxista, otrora tan justamente denostado.

En fin, un libro que, quiera o no, hará pensar al que lo lea acerca de la realidad profunda del mundo en que vivimos y de la calidad de los argumentos que lo sustentan. Eso sí, no lean este libro si necesitan alegrarse el día. Pero luego no digan que nadie les ha advertido.

Pablo M. Fernández Alarcón